

Lambayeque y el norte peruano en un contexto «mundializado»

Susana Aldana Rivera*

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

saldana@pucp.edu.pe

RESUMEN

Lambayeque, en el norte del Perú, es una región eminentemente agrícola que enfrenta hoy en día, como parte del Perú, el proceso de globalización que nos envuelve. Pero se requiere conocer las líneas de evolución histórica de esta región, de su gente, de su sistema de tenencia de la tierra, de sus cultivos y productos que ha comercializado para poder perfilar el tipo de realización que esta región tendrá en el tiempo mediato. Finalmente, su meta como la de todas las regiones es tener un espacio en el mercado global.

PALABRAS CLAVE: Perú, Lambayeque, región, globalización, Incahuasi.

ABSTRACT

At the north of Peru, Lambayeque is a very rich agricultural region that is facing the globalization process as Perú itself. So it is very important to state the region's historical foundation in order to understand how Lambayeque people –peruvian people– will be related with the global market and also how its agricultural development, its crops and its agricultural products will be realized in such global market.

KEY WORDS: Peru, Lambayeque, region, globalization, Incahuasi.

* Con la colaboración de Gerald Taylor. Los investigadores participan de un proyecto de investigación que se está realizando en Chiclayo, «Territories et Mondialisation dans le pays de Sud» (Lambayeque, Pe.) de la Unité Mixte de Recherche de l'Institut de Recherche et Development (IRD) y l'Ecole Nationale Supérieur (ENS). Este artículo fue inicialmente presentado en el coloquio «Chantier Reconfiguration des espaces ruraux dans les Andes (Paris, 2003)».

El Perú, país ubicado prácticamente en el centro del subcontinente sudamericano, es una tierra de múltiples contrastes geográficos y culturales. Las secas pampas de la costa litoral pacífica, cruzada esporádicamente por ríos y valles, se desplazan a los pies de los Andes, con ricas vetas polimetálicas, cuyos picos sobrepasan en algunos casos los cinco mil metros de altura y los cuales se proyectan sobre la exuberante Amazonía. Un espacio semejante permite así una apropiación de recursos naturales y una tenencia de la tierra particular a cada grupo humano asentado en las diferentes geografías.

Así, el norte del Perú se caracteriza por contar con una faja desértica de territorios que se va ampliando de manera progresiva desde Lima hacia el norte, permitiendo valles cada vez más largos y que hace de Piura, la región costera más extendida del Perú. Por su parte, los Andes norteños se caracterizan por ser más bien bajos, por comparación al surandino, pero con profundas quebradas que separan los diversos valles interandinos de esta cadena montañosa, rica en venas auríferas de difícil explotación. Así, mientras los ricos valles costeros permiten una fácil relación a pesar de la sequedad del territorio, los valles interandinos norteños son complicados de vincularse entre sí. No obstante, estas quebradas permiten, por su altura, una vinculación bastante fluida con la ceja de selva y la selva.

Múltiples relaciones humanas se generaron en el tiempo en este espacio que de manera progresiva hicieron de la hoy región Lambayeque, el corazón del norte peruano. Primero que nada porque este espacio es el centro del oasis más extenso de la costa peruana y por tanto, la riqueza agrícola de sus valles se convirtió en el soporte económico de las sociedades tradicionales (andino prehispánico, andino colonial) y contemporánea (andino republicano) no-industrializada. Luego y vinculado a lo anterior, porque conforme los hombres se apropiaron de este espacio del Perú, capitalizaron su ubicación geográfica central con respecto al norte como conjunto y fueron estableciendo lentamente, a Lambayeque como el eje del intercambio humano de la región.

Este trabajo busca así, presentar un perfil de cómo se fue desarrollando el hombre que habitó y habita esta región y las particularidades que ha ido estableciendo en el territorio a lo largo de su propio devenir; particularidades buenas o malas que son el bagaje y la herencia de la que debe echar mano en el momento que hoy se vive. La mundialización política y la globalización económica parecen sacar de juego a amplios sectores humanos y geográficos, particularmente aquellos cuya economía no ha logrado dejar de basarse en la agricultura y que, a pesar de haber sido insertados en una economía mundial, apenas si sobrepasan sus características aldeanas de mundo antiguo en proceso de adaptación a una modernidad, externa e impuesta, peculiarmente establecida a lo largo de un período republicano. Peor aún en el caso peruano, donde los Andes siguen probando que son preciosos: primero la plata pero ahora sin ninguna duda, el oro ubica-

do casualmente en esta región norteña peruana, son un aliciente poderosísimo para las inversiones de las grandes transnacionales. El cuadro que nos enmarca: agricultura vs minería y sobre todo, pequeños productores vs grandes inversionistas principalmente extranjeros pero también peruanos, con culturas netamente urbanas, en el contexto de un Estado-nación en proceso de readecuación, modificación o muerte ante el embate de la mundialización política. Lambayeque, por tanto, el núcleo y corazón económico del norte, es un excelente estudio de caso para entender lo que aún se juega en el tapete¹.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La hoy región de Lambayeque ha sido desde siempre un espacio poblado; un signo indudable de su importancia son los múltiples petroglifos, que se encuentran al pie de los cerros y cuya hechura se pierde en el tiempo. Para cuando emerge, la cultura Mochica (200-800 d.C.), Lambayeque se constituye en su centro económico: sus fértiles tierras agrícolas fueron potenciadas por el interesante e importante desarrollo hídrico; hasta hoy, los canales de irrigación que los moche desarrollaron siguen siendo una de las fuentes de riqueza regional.

No está demás señalar que la cultura Moche o Mochica fue quizás una de las más refinadas civilizaciones del Mundo Antiguo Americano. Ella se desarrolló entre el valle de Motupe (Lambayeque) y el del Jequetepeque al norte y del Chicama al Virú (La Libertad) por el sur, en una doble versión –mochica norte y mochica sur–, y sus muestras culturales son realmente interesante: enormes edificios, pintados con colores fuertes y con bajorrelieves «mejorados» por hasta siete ocupaciones y cuya precisión artística se expresa en una rica iconografía que muestra una percepción religiosa y más que posiblemente, realidades políticas altamente complejas. Por otro lado, se encuentra en paralelo, una producción cerámica de carácter realista –la única muestra en el mundo antiguo peruano– que registra rasgos culturales que le eran propios y bellísima metalurgia. Actividad que los caracterizó y cuyos elementos fueron tomados, sintetizados y desarrollados posteriormente, por la siguiente cultura –Sicán o Lambayeque– que se ubicará plenamente en el espacio en estudio.

No obstante, lo más asombroso del desarrollo cultural mochica fue su infraestructura hídrica. En una costa tan árida y con tan poco tierra cultivable, los antiguos norteños fueron tejiendo canales que vincularon de manera progresiva prácticamente todos los valles de la costa norte, ganando amplios espacios para el cultivo y creando un gran oasis que iba desde el valle de Chicama hasta el de

1 Este trabajo se fundamenta en un conjunto amplio de trabajos locales que por su número, sería imposible de citar. Sin embargo, señalemos algunos importantes trabajos pioneros en visiones de largo aliento sobre la región de Huertas (1974) y Gómez Cumpa y Bazán Alfaro (1989).

Motupe, un espacio que hasta principios de la república peruana, 1840 aproximadamente, fue conocido como «valles» y cuyo centro fue, sin ninguna duda, Lambayeque. Hoy se sabe que el espacio agrícola del norte durante la época moche fue hasta cuatro veces más amplio que lo que se tiene hoy en día como espacio agrícola en la misma zona². Al fin y al cabo, eran espacios cruzados por canales como el Racarrumi y el Taymi en Lambayeque y la Cumbre, en la Libertad.

Hasta hoy en día funcionan los dos últimos. En el caso de Lambayeque específicamente, se ha construido un canal, el Taymi nuevo, en paralelo al prehispánico, el Taymi viejo. Ambos son mantenidos por la Junta de Regantes de Lambayeque debido a que, cuando hay exceso de lluvias, generalmente el canal nuevo se malogra y se debe echar mano del viejo que rara vez, se daña y el cual es fácil de mantener. ¿Por qué se construyó uno nuevo y en general es el que se utiliza? Porque el Taymi Viejo permite demasiadas bocatomas mientras que el nuevo no tiene más que ocho; es decir, el uso y control de aguas prehispánicas era cualitativamente distinto del que hoy se tiene y no se necesitaba tener vigilantes y controladores en las tomas de agua como ahora para que vigilaran quién y cuánto de agua se está utilizando. Lo cual no significa, dicho sea de paso, que el uso social del agua fuera más flexible; tómese en cuenta que el agua es vital en una economía agrícola como la que estamos describiendo y su uso estuvo perfectamente reglamentado y castigada la contravención de la norma. Considérese además que el uso de aguas prehispánicas fue adoptado y utilizado durante la colonia y el código colonial de aguas es la base de lo que hoy todavía se tiene como régimen de agua republicano. Las «mitas» de agua o turnos de uso de agua existieron como tales por lo menos hasta 1905 si no más³.

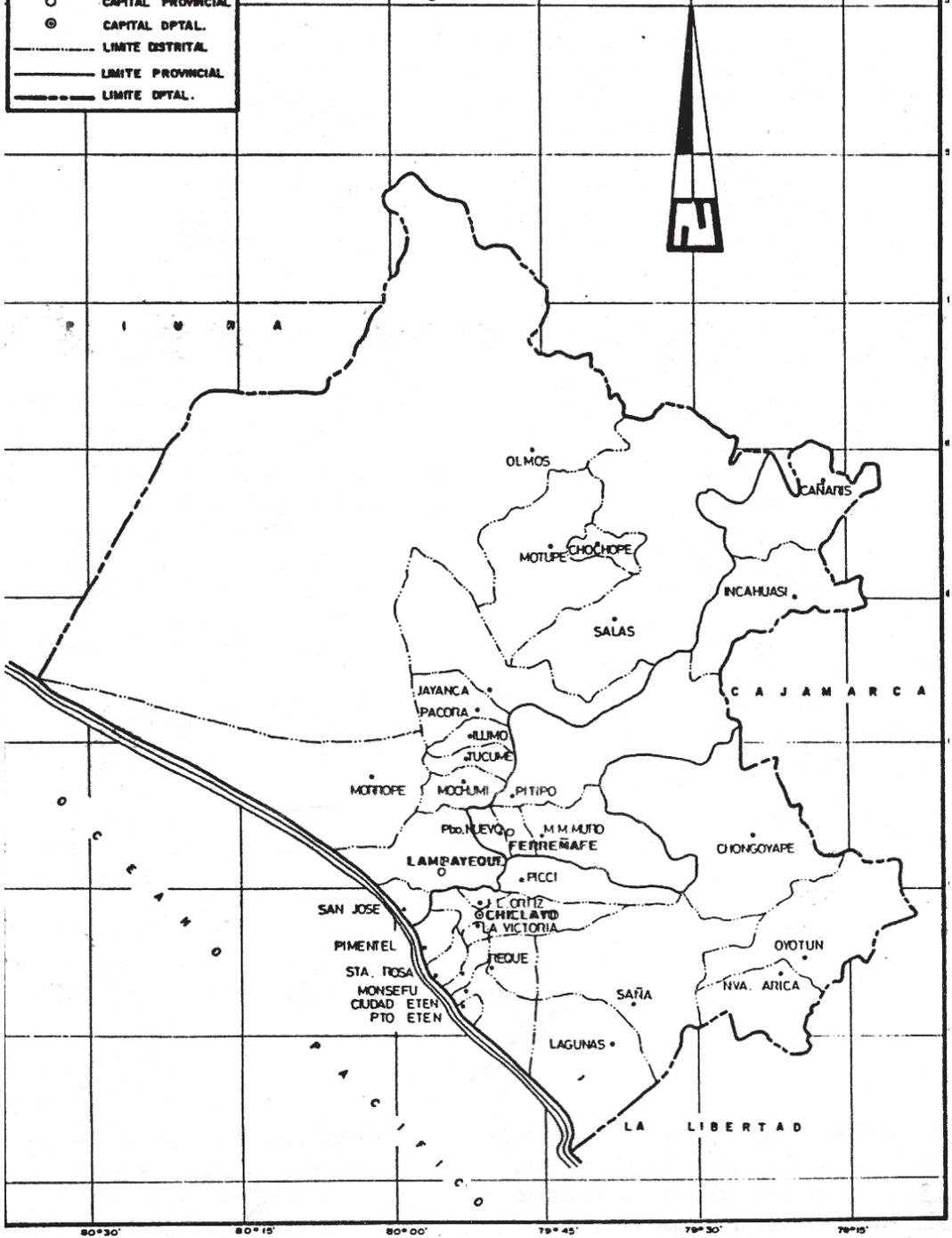
A la caída de los mochicas, los locales lambayecanos tuvieron una etapa de esplendorosa autonomía: los señores de Sicán (700-1100 d.C.) tuvieron tal riqueza agrícola que pudieron desligar un buen número de pobladores de esta producción y dedicarla a la actividad metalífera. La metalurgia fue característica de su cultura. Debe haber sido muy impresionante, ver un ceremonial Sicán: los señores

2 Portugal (1966) señala que en épocas prehispánicas había un reparto equitativo del agua y que todos los «usuarios» accedían a ella. Además implicó que 700,000 hectáreas estuvieran bajo riego según Sutton y que el valle del Chancay tuviera bajo riego una extensión no menor de 80,000 hectáreas de acuerdo a Kosok.

3 Las connotaciones de este término son sumamente complejas y ha sido ampliamente estudiada la institución socio-política prehispánica reformulada por los españoles (al respecto, ver el clásico de Rostworowski (1992) o Pease (1992) y Bakewell (1989) estudia la minería colonial y la mita subsistente). Pero *mita* es una palabra quechua cuyo sentido de base es «turno, vez» y tiene otros múltiples usos más allá de los normalmente conocidos. Así en el manuscrito de Huarochirí es el término que indica las fiestas que se reproducen en fechas determinadas y en la república, al menos en Lambayeque, la *mita* estaba referida al turno de agua y todavía aparece en el código de aguas de 1905. Véase, por ejemplo, «Ordenanzas de regadío de la comunidad de Regantes del distrito agrícola de Chiclayo, provincia de Chiclayo (edición oficial 1906)»

- CAPITAL DISTRITAL
- CAPITAL PROVINCIAL
- ⊙ CAPITAL DPTAL.
- LIMITE DISTRITAL
- LIMITE PROVINCIAL
- LIMITE DPTAL.

Antúnez de Mayolo, S (1990).- Perfil antropogeográfico de Lambayeque.-
Lima: Sociedad Geográfica de Lima



res vestidos de «oro», en realidad, con pequeñas planchitas de oro cosidas a sus finas vestimentas de algodón, reluciendo al sol de atardecer lambayecano, cuando el calor aún se siente pero comienza a sentirse la suavidad del aire, en la parte más alta de la pirámide pintada del color ocre, rodeado de pífanos y músicos; ellos mismos sonando a cada paso que daban merced a los cascabeles que usaban en las pantorrillas y las tembladeras de las varas (suerte de estandartes) con los que caminaban.

Los sicanes cedieron su paso a los chimúes (1300-1470), el último gran grupo cultural norteño que sería sometido en el lapso de 70 años, primero por los incas (1470) y poco después por los españoles (1532). Los Chimúes, también conocidos como Reino del Chimor, tuvieron su capital en Chan Chan, valle del Moche, hoy en la región La Libertad poco más al sur. Grandes administradores, fundamentaron su economía por la sierra, con el control del reino de Huamachuco y por la costa, con el de Lambayeque. Por eso, muy rápidamente se convirtieron en un poderoso imán para el emergente imperio inca (ca. 1350), acostumbrado a la fertilidad prudente de los valles interandinos del sur y atraídos por la ubérrima producción agrícola del norte, quienes tras cruentos enfrentamientos, sitiaron Chan Chan, mataron a la elite chimú y establecieron centros administrativos en todo el norte⁴. Túcume y el llamado Tambo de Patapo en Lambayeque son una excelente muestra de la capacidad administrativa inca: manteniendo la vida cotidiana local y su experiencia de apropiación de la tierra y sus recursos colocaron una capa de autoridades que desviaban el excedente de los señores locales hacia el Cuzco a la vez que establecieron amplios caminos a través del norte que permitían el rápido movimiento de tropas en caso de necesidad. Ellos, no obstante, tomaron para sí, la suntuosidad y el lujo chimú y junto con sus artesanos y especialistas los llevaron al Cuzco.

Pero en todo momento, el espacio agrícola que fuera construido por los moche, no dejó de ser nunca utilizado y reutilizado. La riqueza de los valles y de los señores que allí se encontraban impresionaron a los españoles, quienes no tuvieron más opción de comparación de la opulencia del norte peruano que con la suntuosidad de los árabes. Ellos llegaron en un terrible momento, cuando el volumen territorial y el sistema inca (prehispánico) habían llegado al tope y generado una crisis, de crecimiento o de disolución. Algo que no se sabe en realidad, pero que en todo caso, fue una coyuntura que capitalizaron los españoles: merced a su forma diferente de pensar y organizar la sociedad, ofertaron elementos de un sistema diferente que revitalizó las estructuras internas y con ello, se catapultaron a la cúspide de las sociedades nativas.

4 Conversación con arqueólogos en Museo Sicán (Lambayeque, 2003); Huaca Cao Viejo, Magdalena de Cao (Trujillo, enero 2004) y con el arqueólogo-historiador J. Castañeda (Trujillo, enero 2004). Un importante panorama de la arqueología peruana en Bonavia (1991).

Así, a lo largo de la etapa colonial lo que va a caracterizar el espacio andino será la presencia de aglomeraciones humanas de diverso tipo que no existieron de manera previa a la llegada europea. Con la ciudad a la cabeza, pero también con una serie de jerarquizaciones entre villas, pueblos de españoles, pueblos de indios, asentos de españoles y asentos de indios, comenzó un proceso de modificación de la apropiación del espacio del Tawantinsuyu –y del norte dentro de él– que se plasmó en una organización política diferente semejante a la castellana-europea aunque en los niveles locales, la simbiosis cultural implicó grandes diferencias en la forma del ejercicio del poder en el mundo andino.

Las «aldeas» o reducciones de indios comenzaron a aparecer ante la necesidad y la costumbre española de concentrar a la población para su mejor control: la pila de agua, el cabildo⁵, el mercado y la cárcel se constituyeron en los elementos centrales de la administración de una localidad y de una región dada. El mundo inicial estableció un número de españoles, como «encomenderos», es decir señores foráneos, con poder de vida y muerte sobre sus vasallos, de quienes recibían el tributo y a quienes formalmente, tenían la misión de defender, proteger y evangelizar, como es ampliamente conocido. «Encomenderos» que, ubicados en el contexto norteño, no hicieron más que reemplazar a los antiguos señores incas, que a su vez habían reemplazado a los chimúes, que en su oportunidad, reemplazaron a los sicanes o lambayeque.

Pero los recién llegados traían una percepción de vida muy diferente de la que tenían los locales y su violencia cultural era cualitativamente distinta de la americana del siglo xv. Conceptos tales como reciprocidad y redistribución, propios del mundo andino, les eran extraños; para los españoles, extraídos de sus realidades urbanas y campesinas, el marco de sus empresas individuales sólo era rebasado por el compañerismo (potenciado por el constante enfrentar la muerte) y el paisanaje (pertenencia a una misma región soportada en densas redes de parentesco). Acostumbrados a una organización política fragmentada y teóricamente soportada por el tomismo, no cuidaron de mantener el orden macrosocial en términos semejantes a como existió en el mundo prehispánico. Los españoles trajeron la vivencia de la emergencia de las monarquías modernas que supuso una centralización progresiva de reinos y de reurbanización y cuyo proceso inicial trasladaron América consigo. De esta manera, el choque cultural supuso la pérdida, primero muy rápida y luego progresiva, de las habilidades sociales que el estado prehispánico previo cuidaba de potenciar: los especialistas en las diferentes ramas, incluidos los ingenieros hidráulicos, desaparecieron con la violencia militar de la conquista, murieron con el choque epidemiológico o

5 Aunque muy interesante el trabajo de Juan Castañeda para Trujillo colonial temprano señala que por lo menos hasta 1551 no hubo solar destinado al Cabildo en dicha ciudad (ver Castañeda, 2004 MS). El Cabildo funcionaba en la casa del alcalde electo.

simplemente se perdieron en la noche de los tiempos al no contar con una infraestructura política que los cobijara.

La Corona española rápidamente buscó establecer su estructura de gobierno montándose sobre la empresa individual conquistadora y sacando del tapete de juego a los primeros españoles conquistadores (encomenderos y beneméritos) para asentar tan pronto como fuera posible una red administrativa que permitiera el control a la española de los nuevos territorios. Así surgieron de manera muy rápida núcleos urbanos en espacios donde antes nunca se había conocido algo más allá de centros ceremoniales administrativos; una a una fueron surgiendo las ciudades, sea aglutinando españoles o buscando reunir en un solo lugar a la mano de obra indígena: los pueblos de españoles se fundaron en paralelo a las «reducciones» o pueblos de indios cuyas poblaciones (española e indígena) debían vivir separados; algo que, por supuesto, sólo se logró en la teoría. Al menos la fortísima religiosidad española si calzó bastante bien con la de los locales y fuera por la imposición o por el sincretismo, se generó una cosmovisión religiosa particular en este lado del mundo, enmarcada por el catolicismo.

En Lambayeque y el norte peruano donde la geografía y el ambiente ecológico subsecuentes son sumamente precarios, las ciudades fueron itinerantes, con excepción hecha de la casi desfalleciente ciudad de Trujillo, hasta prácticamente el 1600. Pero eso no significa que los españoles no intentaran una y otra vez, fundar núcleos urbanos de control: si bien Trujillo del Perú fue fundado en 1534 y en realidad vivió como ciudad desde 1551 en adelante, Piura recién se fundó en el lugar donde está hasta hoy en día en 1589 y contó con una probanza –que obligaba a todos los que circulaban por los alrededores a llegar a ella– que protegió su supervivencia. El caso de Lambayeque fue aún más difícil.

Agrícolamente rico e intensivamente explotado, como hemos visto, se requirió de núcleos españoles de administración. Respetando el orden previo, la ciudad fue fundada por los españoles en los términos del núcleo administrativo de los chimús, en donde se encontraron los últimos linajes norteños importantes: así Trujillo del Perú surge muy cerca de Chan Chan. En Lambayeque, región sometida, los españoles no hicieron más que fundar villas, con categoría inmediatamente inferior a la ciudad y con muchas dificultades de establecerse como centros administrativos españoles pues el control territorial y humano de una ciudad era bastante mayor que el de una villa. Por eso, Saña nació pujante hacia 1563 pero con muy poca claridad en cuanto su status jurídico: en teoría debía regir administrativamente todo el ubérrimo espacio lambayecano que se extendía hacia el sur hasta el fértil valle del Jequetepeque y hacia el norte, hasta el extenso valle de Chancay-La Leche. Pero su condición de villa, incluso recién reconocido para mediados de la primera mitad del siglo XVII, le restaba capacidad de control en el espacio. Por lo tanto, no tenía mucho futuro por delante.

Por eso, Saña comenzó a declinar de manera progresiva y a ser reemplazada por la villa de Lambayeque, ubicada algo más al norte, luego de una etapa explosivamente importante, hasta mediados del siglo XVII. Una ubicación en la que los españoles pudieron echar mano de la mano de obra indígena reducida en el eje Mochumí-Motupe y controlar la zona de pequeña producción agropecuaria. Al fin y al cabo, todo el valle medio, valle La Leche, hasta el Jequetepeque había sido tierra de señores y siguió siendo tierra de señores con los españoles, con pocas excepciones ubicadas más bien hacia el puerto de Eten.

Chiclayo, pueblo de indios, se iría convirtiendo progresivamente en ciudad, a pesar de su condición pueblo, y coexistiría con Lambayeque como poder regional durante la etapa colonial. Sobre todo desde mediados y fines del siglo XVIII comenzaría a competir someramente con el núcleo urbano lambayecano; se iniciaba un proceso que lo llevaría por una ruta más autónoma y que convertiría a Chiclayo en ciudad y la capital regional durante la república.

Pero así como impusieron ciudades, las autoridades españolas potenciaron la creación de haciendas por todo el norte en desmedro de los primeros intentos de establecer «encomenderos» o nuevos señores que reemplazaran los anteriores señores de la tierra; al fin y al cabo, los recién llegados, si se legitimaban ante los ojos de los locales, podían llegar a ser un verdadero problema para la Corona española. En tan fértil espacio, muy rápidamente calaron las haciendas y junto con esta nueva percepción de tenencia de la tierra hicieron su ingreso productos foráneos, rápidamente exitosos: trigo pero sobre todo la caña de azúcar y el arroz los cuales sentaron sus reales por siempre en el mundo andino. Hasta hoy, los segundos, la caña y el arroz forman parte del rostro agrícola de Lambayeque.

Por supuesto, la población lambayecana hasta prácticamente el siglo XX se mantuvo diferenciada de acuerdo al núcleo urbano-rural al que pertenecía. Finalmente, el mundo indígena prehispánico soportaba en sí, múltiples grupos étnicos y lingüísticos. A ellos se les sumaron una igual gama de blancos foráneos, reconocidos por sus terruños de origen (extremeños, castellanos, de Almagro, etc.) que aquí fueron igualados bajo la categoría de españoles. Como parte del sistema de intercambio mundial que se generó y ante la necesidad de contar con mano de obra, se forzó la presencia de mano de obra negra, traída del África, y ubicada en el laboreo de la caña de azúcar, generalmente en tierras bajas y calientes.

Así en Lambayeque, para finales de la etapa colonial, se encontraron grupos humanos diversos: en el campo fundamentalmente estuvieron los «naturales» de la tierra o indígenas aunque también algunos, convertidos en artesanos se ubicaron en las villas; en ellas, también los señores locales, filcas o curacas, mantuvieron «solar conocido». Las haciendas de Lambayeque, por lo general, dedicadas a la producción de caña y también de tabaco, tuvieron fundamentalmente mano de obra esclava y negra. En las villas y ciudades, se asentó fundamentalmente la

población española a la que rápidamente se le sumó una «plebe» multirracial compuesta de «castas»: indígenas desarraigados o fugados de sus comunidades, mestizos de blanco e indio, negros esclavos, negros libertos y mulatos (mezcla de blanco con negro). Por lo mismo, Lambayeque, capital del corregimiento del mismo nombre, fue mayoritariamente una ciudad «blanca» con casonas y pres-tancia colonial. Chiclayo, pueblo que concentraba a la elite indígena del corre-gimiento, tuvo una faz más oscura traducida en «ranchos» o casas más estrechas –que sólo cambiarían con la república-, alargadas del gusto indio y finalmente, Saña, rodeada de cañaverales y tabaco aunque declinante para el siglo XVIII, mantuvo un rostro fundamentalmente negro hasta la mitad del siglo XIX.

La república trajo muchos cambios. A la novedad de un régimen representa-tivo y las nociones de igualdad, libertad y fraternidad, se sumó la creciente im-portancia del mercado, propio del liberalismo económico, que fue generando una brecha entre Europa y el mundo y que no fue más que profundizándose en la etapa contemporánea. La tecnología aplicada a las máquinas dio paso a la revo-lución industrial y a la ideología progresista: el progreso imparable fue en el siglo XIX el signo de la cultura que normalmente estuvo vinculado a un color de piel, el blanco; una lengua, el francés –y también otras europeas– y finalmente a un lugar geográfico, Europa. El éxito del modelo europeo determinó que los países que no llegaron a industrializarse fueran quedando relegados con todo lo que eso significó para los países, normalmente de base agrícola, y dentro de los países multiétnicos de población minoritariamente blanca o ya mestizada.

En este sentido, la necesidad de «poblar» el territorio, slogan característico del siglo XIX, reflejó en realidad, una posición de los hacendados norteños, poderosos y establecidos en el poder peruano: las oligarquías que en el siglo XIX se hicieron del gobierno del Perú tuvieron su base regional fundamentalmente en el norte peruano –con el desarrollo de la agricultura comercial– y parcialmente en Arequipa –con el creciente mercado para la lana de camélidos (llama, alpaca y vicuña)–. Los señores de la sierra fueron siempre un elemento con los cuales negociar; su poder se basaba en el carácter extensivo de su influencia: grandes tierras y gran influencia sobre la población local, indígena-campesina. Merced al guano de las islas y hacia los años de 1850, se dio un primer proceso de moder-nización económico que resultó fallido pero que supuso, primero que nada la inserción en un mercado internacional en formación (pero que hizo de Europa el centro del mapamundi económico) y luego, localmente, que los hacendados co-menzaran a consolidar grandes propiedades dedicadas a una producción agropecuaria comercial, como en Lambayeque. Haciendas cuya producción se encontraba limitada porque no contaban con mayores fuentes de mano de obra, merced a un encerramiento de los indígenas en la sierra y a un crecimiento vegetativo de población. Fue característico del siglo XIX, la afirmación de que el agro peruano era como la Venus de Milo, bella y provocativa pero sin brazos.

Por eso, los poderes oligárquicos del país, de base eminentemente agrícola, propiciaron primero la llegada de asiáticos pero también la de europeos. Ellos no hicieron más que aumentar el colorido local, con sus costumbres, sus comidas y su forma de ser.

Por supuesto, las estancias ganaderas y las haciendas agrícolas no dejaron de tener importancia aunque se reestructuró el régimen de tenencia y la preferencia por algunos cultivos, como el café en detrimento del tabaco. América Latina se comenzaba a especializar en avituallar a una Europa en pleno proceso de expansión industrial con múltiples productos naturales, desde materias primas pero también comida⁶. Porque conforme se asentó el liberalismo en el Perú para mediados del siglo XIX y sobre todo en su segunda mitad, como se ha visto rápidamente, las tenencias comenzaron a crecer y se convirtieron propiamente en grandes haciendas con el proceso de modernización económica propia del 1900 y que hizo que en la primera mitad de siglo XX se consolidaran los latifundios, de cuño socioeconómico totalmente contemporáneo. Siendo Lambayeque una zona eminentemente agrícola, este contexto fue también bastante bueno para la región; cada vez más, las coyunturas económicas nacionales- internacionales fueron incidiendo en la vida económica local.

Si bien Lambayeque había sido la capital del corregimiento del mismo nombre durante la colonia, ya desde fines de esa etapa Chiclayo había comenzado a perfilarse como ciudad-centro comercial que no hizo más que consolidarse a lo largo del siglo XIX y terminar por concretarse a lo largo del XX. Su ubicación, como se ha mencionado líneas arriba era inmejorable, prácticamente en el medio del oasis lambayecano, y puerto de salida de la sierra inmediata y también de la ceja de selva aledaña. Toda la producción agrícola de la región de Lambayeque y los diferentes productos mercantiles que circulaban en la región, lo hacían a través de la ciudad de Chiclayo por lo cual esta ciudad creció y se convirtió en el polo económico de la región a pesar de que la ciudad de Trujillo, tradicionalmente y desde siempre, la cabeza del espacio norteño peruano, se mantuvo en su rol de ciudad más importante y rectora de toda la gran región.

La fuerza económica del espacio lambayecano quedó demostrada para la década de 1860 cuando apoyaron incondicionalmente a José Balta en su pugna política hacia la presidencia. Apoyo que fue retribuido con el reconocimiento de Lambayeque como departamento y con varios premios para la gente chiclayana, como el establecimiento de Chiclayo como la capital, la mejora de su ornato y hasta la construcción de una nueva catedral que, aún hoy, se yergue en el parque principal de esta ciudad. Así, Lambayeque nació como jurisdicción autónoma, un departamento, recién para 1874, cuando logró separarse del departamento de La

6 Baste señalar que la «industrialización» argentina se basó fundamentalmente en la refrigeración de las carnes de sus ganados criados en las vastas pampas que la caracterizan.

Libertad –al que siempre había pertenecido– e incluir antiguas provincias que pertenecían al de Piura, como Olmos (y con esto, generando problemas a futuro entre ambos departamentos, vinculados, sobre todo, a la utilización de las aguas del río Huancabamba para irrigar las pampas de Olmos).

LA REGIÓN COMO REALIZACIÓN, EL SIGLO XX

Muy rápidamente, el naciente departamento de Lambayeque se convirtió en un polo de atracción para la gente de Cajamarca. Para 1900 y a nivel nacional, se comenzaba a sentir el aumento demográfico –que posteriormente sería explosivo– y el norte no fue la excepción. Mediante el sistema, muchas veces explotador del «enganche»⁷, los campesinos de la sierra norte se constituyeron en obreros agrícolas que primero, estacionalmente y luego, de manera fija, trabajan en las grandes haciendas de la costa. Aquí se encontraron y se mezclaron con los campesinos costeños que sufrían un proceso semejante de conversión a obrero agrícola. Simplemente volvieron a hacerse visibles el tradicional flujo humano y el intercambio de productos entre las serranías cajamarquinas y las tierras bajas costeñas, aunque de una manera cualitativamente distinta que en el pasado. Por supuesto, los descendientes de estos primeros migrantes se mezclaron con los locales y se convirtieron en parte importante de la región.

En la época, 1900, se va a dar el verdadero proceso de modernización de las estructuras de gobierno (político y económico) de la república del Perú. El estado peruano inicia el siglo XX verdaderamente unitario, controlando a las diferentes fuerzas regionales y comenzando el proceso de afirmación de la nación peruana, dentro de un contexto mundial de emergencia de los Estados-nacionales. Económicamente, se articula con una gama amplia de productos al mercado europeo-internacional, principalmente productos agropecuarios (caña de azúcar sobre todo, algodón) pero también metales preciosos (cobre, plata).

Por lo mismo, Lambayeque tiene un momento de gloria entre cerca de 1890 y 1930. Inclusive, el primer dictador peruano del siglo XX, Augusto B. Leguía proviene de la región y tiene sus fuentes de apoyo político entre la oligarquía terrateniente local, grandes hacendados que progresivamente se convierten en latifundistas. Porque mientras las tierras del siglo XIX son todavía haciendas, que soportan relaciones tradicionales en su interior, en el siglo XX, con el marco creciente de la producción para mercado, las relaciones tradicionales se rompen y se da paso a las relaciones patrón-obrero agrícola, más individuales y anóni-

7 El sistema era bastante abusivo y recuerda mucho las formas contemporáneas del «service» tan en boga hoy en día. Mediante el enganche, el hacendado se aseguraba mano de obra sin tener ninguna responsabilidad por el trabajador pues él contrataba los servicios de un «habilitador» de hombres y éste era quien se relacionaba con los trabajadores; no había relación directa entre el hacendado y sus trabajadores.

mas. Las haciendas, ahora latifundios monoproduktivos, producen para un mercado nacional-internacional y se pierde las interrelaciones humanas que hasta ese momento caracterizara la actividad agrícola: el patrón se aleja de sus tierras y sus trabajadores, dejando en su lugar a un mayordomo y se asienta en la ciudad más cercana o más aún, se ubica en Lima desde donde dirige sus múltiples intereses económicos. La agricultura es uno de ellos y busca cumplir con un mercado así vaya en detrimento de sus trabajadores.

En espacios como la sierra, que quedaron progresivamente aislados a lo largo del siglo XIX, simplemente la sociedad se rearaizó en lo político y el poder de los señores locales, normalmente hacendados, se incrementó fuertemente. En lugares donde prácticamente el estado central no logró entrar, el orden y su mantenimiento estuvo en manos de estos señores locales que normalmente, controlaban a las autoridades –a muchas de las cuales incluso, tenían en planillas–. Por la costa, la facilidad de comunicación y la cercanía con los núcleos administrativos de poder puso coto a la situación aunque, sin embargo, hubo casos, como el de Saña en que simplemente los hacendados Aspíllaga, se apropiaron de los terrenos del pueblo y hasta le cortaron las vías de acceso. Las quejas y las revueltas de los «indios», como José María Cachay, o en realidad de los trabajadores, fueron entendidas en el momento como prácticamente levantamientos de comunistas. Recordemos que la primera mitad del siglo XX, al menos con respecto al Perú, es la culminación de la percepción racista de la sociedad –en que por supuesto los sectores populares eran vistos como «indios» o «cholos»– combinada con los temores que se tenía de ideologías políticas de corte socialistas o peor aún, comunistas que desestabilizaran el buen orden y progreso establecido por los oligarcas liberales que dirigían el estado.

Por la sierra, la situación podía ser aún peor pues el poder de la elite local era casi omnímodo y la capacidad del estado de llegar hasta los remotos rincones de las serranías era realmente muy poca; no tenía otro medio que negociar con los poderes locales expresados en esas elites hacendadas. Así se señala que las relaciones dentro de las haciendas eran prácticamente semifeudales: sin mayor capacidad de modernización agrícola (escasez de tecnología, dificultad de salida a las tierras bajas, relaciones sociales de producción semiserviles, etc.), manteniendo una agricultura de secano o crianza de ganado en los amplios pastizales y sin que haya una presencia real del estado, los señores ejercen la justicia local pues eran sancionados, socialmente, como los resguardos del orden y como tal, acatados por el conjunto social.

La sociedad peruana de los años de 1950 era quizás, una de las más jerarquizadas en América Latina. Recordemos que a diferencia de otros espacios con una trayectoria histórica semejante, como México por ejemplo, nunca se había llegado a dar una real revolución en los Andes centrales. La emergencia social en el Perú fue siempre dentro de pautas medianamente establecidas y

más allá de discursos políticos, de gran nivel ciertamente entre los años de 1920 a 1930, poco había llegado a plasmarse en la realidad. Pero de un lado, la creciente presión demográfica y el hambre de tierras consecuente en un marco además, de mercado antagónico para productos no-transformados y del otro, la creciente beligerancia social por la implantación de posiciones ideológicas reivindicatorias e igualitarias del conjunto de la sociedad y no sólo de sectores, implicaron la lenta corrosión de las estructuras sociales peruanas.

Amplios sectores sociales habían quedado marginados por la república de corte liberal y conforme se desarrolló el siglo xx buscaron no sólo una representación sino también una participación en la política local. Así, la Revolución Peruana realizada por un sector de avanzada del ejército bajo la dirección del general Juan Velasco Alvarado canalizó múltiples tensiones internas de la sociedad. Dentro de sus primeras medidas estuvo la recuperación de la «dignidad nacional» a través de la eliminación de enclaves económicos norteamericanos –que catapultó una serie de temores sobre la imposición del modelo ruso comunista– y sobre todo, la redistribución de la tierra entre la población campesina.

Desde 1972 en adelante, se llevó a cabo el Plan Inca y dentro de él, se ejecutó un ambicioso programa de reforma agraria; al fin y al cabo, el gobierno velasquista se insertó en una perspectiva desarrollista. Así, bajo el slogan de que la tierra es de quien la trabaja, las grandes haciendas de la costa fueron expropiadas y convertidas en CAP (cooperativas agrarias de producción) y por la sierra, las grandes haciendas fueron convertidas en SAIS (sociedades agrarias de interés social). En este marco, también se reconocieron, se crearon y se recrearon múltiples comunidades, sobre todo por la sierra, que fueron reconocidas por el estado peruano.

Lambayeque estuvo obviamente en el ojo de la tormenta porque primero, tenía patrones sociales tradicionales fuertemente arraigados provenientes de su desenvolvimiento histórico y segundo, era (y es) una región eminentemente agrícola.

Su espacio humano se hallaba configurado nítidamente y a lo largo del siglo xx había ejercido su autonomía administrativa como departamento dentro de la república. La imposición de un sistema de vida diferente con la colonia redimensionó las ubicaciones humanas previas que, para el siglo xx, constituían diferentes ejes con numerosos pueblos a manera de eslabones. Así al tradicional eje Sechura (pescadores)-Catacaos (agricultores)-Olmos (ganaderos)-Motupe (agricultores)-Mórrope (pescadores) prehispánico se vio aumentado ya no en aldeas-comunes agrícolas sino en reducciones-pueblos formando un eje al norte de la región, arrancando con Lambayeque y siguiendo con Mochumí, Tucume, Illimo, Pacora, Jayanca y Motupe. Al centro de la región contemporánea, se perfiló nítidamente el eje Reque-Chongoyape y al sur, el de Eten-Guadalupe. Ciudades intermedias en el siglo xx, con un espacio socioeconómico en la región durante su primera mitad pero condenadas a la agonía económica para la segunda.

En efecto. La coyuntura económica mundial es eminentemente antagónica para los países productores de artículos no- procesados, es decir, fundamentalmente productos agropecuarios, sobre todo a partir de los años de 1970. Situación que por supuesto, se combina con un cúmulo de otras situaciones que van desde la debilidad recurrente del estado, la violencia política, la centralización macrocefálica de la capital hasta el desempleo y subempleo. Difícil problemática que en toda Latinoamérica –y lo que se llamaba tercer mundo– ha propiciado que ingentes cantidades de personas hayan migrado a las ciudades y que en Lambayeque, fundamento agrícola del Perú, ha determinado que esas pequeñas pero pujantes ciudades que se encontraban ubicadas en ejes que cruzaban la región, simplemente comenzaran a perder población y el lugar económico que tenían en el conjunto regional. Finalmente, en el momento de auge agrícola, se intentó canalizar los réditos existentes hacia una industrialización muy primaria y generalmente vinculada a la agroindustria. Pero con la crisis económica que terminó por hundir ese somero intento industrializador hacia fines de los años de 1960 y 1970, la oferta joven y laboral ha tendido a migrar hacia donde hay más posibilidades de trabajo, en este caso, primero Chiclayo, en camino hacia Lima y los más ambiciosos –o desesperados– camino al extranjero.

Problema realmente interesante. Porque casualmente, el tipo de economía liberal con la enorme importancia que le da al mercado, hicieron de Chiclayo, el núcleo-polo de intercambio económico de la región e incluso, de las regiones aledañas en las cuales los ejes mencionados se proyectan. Repitiendo el esquema capitalino-nacional, Chiclayo concentró el conjunto de actividades económicas de la región y se convirtió en el punto de encuentro del sistema de comunicaciones, quizás uno de los más importantes del país. Las carreteras que vinculan la selva y la ceja de selva del norte peruano necesariamente pasan por Chiclayo; así desde Santa María de Nievas hasta Bagua Chica y Bagua Grande en Amazonas se vive al compás de lo que sucede en el núcleo mercantil chiclayano. Por supuesto, extendida a lo largo de la costa, la carretera panamericana que une todo el territorio pasa por los límites de la ciudad de Chiclayo.

Mala situación económica unido a que las vías de comunicación amarran en Chiclayo, ha determinado que zonas de sierra, que siempre estuvieron vinculadas, como Chota o Cutervo, se vacíen poblacionalmente hablando hacia la costa y que incluso, ahora en pleno momento de reestructuración de las divisiones jurisdiccionales peruanas (región en vez de departamento), estas zonas de sierra deseen vincularse políticamente a la región de Lambayeque. No olvidemos que, como se ha dicho antes, los ejes poblacionales que cruzan el espacio lambayecano se proyectan hacia la sierra, a la zona donde quedan las cabeceras de los ríos, tradicional medio de comunicación entre las tierras altas y las bajas. Así el eje Eten-Guadalupe forma en realidad un doble triángulo que sube hacia Niepos en

la cabecera del río Saña y también hacia San Miguel de Cajamarca por Chepén, aprovechando parcialmente el Jequetepeque.

No está demás decir que la relación hacia la sierra no es con esta como unidad. Geográficamente, la sierra norte siendo baja de altura –por comparación al sur– forma en realidad una suerte de microespacios muy marcados: el abra de Balzas por ejemplo, que permite la vinculación entre Chachapoyas y Cajamarca supone bajar de cerca de 3000 msnm hasta el río Marañón (a 0m) para volver a subir a 3000 msnm. Por eso, los valles interandinos norteños se articulan separadamente con la costa y entre ellos, se relacionan sistémicamente. Por lo mismo, no se puede hablar de una vinculación Lambayeque-Cajamarca porque ésta sería más bien diluida sino inexistente pero si hay una relación que se expresa en articulaciones puntuales, Niepos y San Miguel en el valle del Saña y del Jequetepeque; Chota y Cutervo en el Chancay-La Leche.

Pero si de vinculaciones costa-sierra se trata, Lambayeque tiene una peculiaridad única. Cuando se le constituyó como departamento, se le incorporó parte de la serranía que previamente había pertenecido a Piura y ese territorio cuyas ciudades, más importantes son Incahuasi y Cañaris, es el único de la serranía norteña peruana donde todavía se encuentra una importante población quechuahablante. No se sabe casi nada sobre sus antecedentes históricos aunque los vestigios arqueológicos que se encuentran sugieren una antigua presencia humana en la región pero todavía no se han realizado trabajos de investigación significativos en los archivos o en el campo. La variante del quechua que subsiste es probablemente un residuo de lo que se hablaba en una zona continua que se extendía de Cajamarca a la sierra ecuatoriana y en donde se mezclaba la antigua lengua general colonial y hablas locales. Gracias a la publicación de un documento sobre la fundación de Incahuasi⁸, se sabe que en 1648 indígenas procedentes de las comunidades de Penachí y Cañaris, por su propia iniciativa, establecieron la base de un pueblo en las jalcas de «Ingaguasi» (Incahuasi), dando inicio a la construcción de una iglesia. Este hecho fue poco apreciado por los dueños de las haciendas vecinas: Sangana, Janque y Canchachalá.

Pero Incahuasi estuvo conformado por cofradías y dependía directamente de la iglesia lo cual impidió que durante la época republicana y a pesar de estar sumamente aislado del resto del estado peruano, fuera sometido por las haciendas en su proceso de conversión en latifundios, y se mantuviera autónomo. Sin embargo, como se dijo antes, el proceso de encerramiento de la sierra potenció el resurgimiento de estructuras sociales de muy antiguo cuño, prácticamente semif feudales, que si tuvieron repercusión en dicho espacio serrano lambayecano pues los hacendados trataban a los indígenas casi como siervos sin permitirles siquiera tener una escuela. En la costa, había poco interés por esta región de tan

8 Ver por Lorenzo Huertas Vallejo (1996)

difícil acceso y se convirtió en un mundo aparte de la realidad regional hasta la reforma agraria de Velasco Alvarado. De allí, que la supervivencia del quechua puede atribuirse al aislamiento forzado del área.

La construcción reciente de carreteras ha quebrado este aislamiento y una de las consecuencias de ello es una mayor visibilidad de la población indígena en la costa. Sobre todo hacia el primer punto de salida, la capital provincial, Ferreñafe, donde hay una inmigración importante de Incahuasi, físicamente asentada al otro lado del canal que cruza los límites de la ciudad. Pero también hay migración hacia la capital departamental, Chiclayo. Hoy se puede observar cambios significativos de mentalidad: si, antes, el serrano quechuahablante, al llegar a la costa, se esforzaba por no hacerse notar, ahora, se conoce mejor la existencia de la serranía lambayecana con sus especificidades culturales gracias a los programas de educación bilingüe oficiales (en realidad, poco productivos) y a la introducción de la especialización de la Educación Bilingüe Intercultural en los Institutos Pedagógicos Superiores —que atraen a centenares de alumnos, mayormente costeños e hispanohablantes—.

Sin embargo, la convicción de que Lambayeque es una región costeña y que su mayor momento de gloria (la civilización mochica) se produjo en la costa aún perdura. En una revista cultural universitaria de publicación reciente, un artículo que trata del Perú multicultural y plurilingüe, al referirse al departamento de Lambayeque, reivindicó el idioma mochica (que ya no habla nadie)⁹ y ni siquiera mencionó el quechua que predomina en la serranía de la provincia de Ferreñafe, único idioma indígena sobreviviente en el departamento.

La región Lambayeque que aparentemente es sencilla de percibir resulta eminentemente compleja de comprender. En el imaginario regional y nacional es un espacio costeño, que rechaza a la gente de la sierra. Gente que, sin embargo, desde siempre ha sido la cantera de mano de obra para la producción agrícola. Una población que si bien mayoritariamente habla castellano, cuenta en su haber con grupos humanos quechuahablantes que son doblemente marginados, por los costeños y por los serranos, por hablar una lengua nativa y que recién comienzan a abrirse a la región no por la voluntad estatal de comunicar todo el espacio nacional sino por las oportunidades económicas que su medio ofrece, fundamentalmente minería.

¿LA REGIÓN EN LA MUNDIALIZACIÓN?

Ciertamente es importante preguntarse sobre cual puede ser el destino de una región como la reseñada en el marco de la globalización y si ésta puede ser algo más que sólo coyunturas negativas para el desarrollo humano. Recordemos que

9 El último registro histórico de personas hablantes del muchik fue recogido por E. Brunning

aunque internamente, la crisis del país es visible y tangible por cuanto es un país no-industrializado, de fundamento agrícola, con mercado estrecho y de abrupta geografía, los índices macroeconómicos que se manejan desde el estado señalan que el país crece económicamente hablando. La realidad macrolocal que se estrella contra la verdad local.

En el marco actual de creciente globalización económica, nuevamente los países como el Perú que no lograron industrializarse, encuentran un espacio en el mercado mundial a través de la colocación de los ahora «recursos naturales». Ya no más conocidos como materias primas y en momentos en que los productos agrícolas no tienen más espacio, se abre grandes perspectivas a los metales preciosos y otros elementos naturales como el gas, que son cada vez más solicitados en el mundo desarrollado. Así, se advierte en las últimas décadas, un renovado interés por la explotación minera. Yanacocha es una excelente muestra de la alta productividad y la alta tecnología que se utiliza para este tipo de industria. El Perú por tanto, se convierte hoy más que nunca en un país minero y, bajo el perspicaz ojo de los inversionistas extranjeros, se busca cernir todos los Andes, particularmente los norteños pues si las montañas del surandino fueron de plata, las del norte son literalmente de oro.

En Lambayeque hubo una producción minera, más bien metalífera, pero en términos de Mundo Antiguo; es decir, con una explotación para uso sacro y suntuario pero en modo alguno, para mercado tal como lo entendemos hoy en día. Como se ha dicho, históricamente Lambayeque ha sido –y sigue siendo– el espacio agrícola peruano por excelencia y sus grandes haciendas hoy cooperativas agrícolas, están sufriendo un proceso de reestructuración y privatización a fin de lograr una productividad exitosa. Pero la minería resurge en el país y en la región: en Lambayeque ya se están dando numerosas prospecciones en las serranías de la región (Cañaris e Incahuasi) pero también los espacios cajamarquinos aledaños, como Niepos en la cabecera del Saña. Una actividad que genera sentimientos mixtos en la población.

Por un lado, las autoridades la perciben como una atractiva posibilidad económica para el desarrollo local pues para todos es visible que la coyuntura, nacional y mundial, es antagónica a la producción agrícola no-transformada. Incluso también los agricultores, incluyendo a alguno de los pequeños, se sienten atraídos por la actividad minera porque poco o ningún espacio encuentran para colocar su producción en el mercado internacional; la meca contemporánea de cualquier productor agrícola o industrial. Pero por otro, los pequeños productores agrícolas sobretodo, quienes viven día a día del campo, rechazan a las mineras enfáticamente pues sienten que amenazan su existencia, tal como sucede por ejemplo, con los pequeños agricultores de Niepos, en la cabecera del río Saña. Aunque la contaminación de la tierra es uno de los efectos que se supone se obtendría con la explotación minera, el problema fundamental es el agua. En principio, las aguas

que utilizarían las mineras son las mismas que usan los agricultores y éstas quedarían inutilizadas por los relaves mineros¹⁰. Para la gente todavía hay un tope tecnológico que imposibilita el desarrollo conjunto de minería y agricultura y más que nada, que el Estado no tiene claras políticas ni adecuados marcos legislativos- ambientales a ser cumplido y no hay pruebas ni forma de vigilar el cumplimiento real de lo que existe.

Sin embargo, nacional y regionalmente, la opción desde arriba es por la minería por el rápido crecimiento que permite su explotación; los réditos que ofrece son cuantiosos y supone una disponibilidad económica en los ahogados erarios nacionales y peor aun, regionales. Al fin y al cabo, si de estadísticas se trata, el Perú es un país urbano, de acuerdo al volumen poblacional y a su actividad económica. Pero en la realidad lambayecana son numerosos los pobladores que aún se sustentan de la negociación agrícola aunque en tamaños y volúmenes muy pequeños¹¹.

Un problema nada despreciable por el impacto que sobre la población regional puede tener y que, además, se combina, agudizándose, con la política. Desde el último tercio del siglo XX, es visible la muerte o transformación radical del estado nacional. Mientras que éste tuvo como impacto no pensado la centralización excesiva en torno al polo de poder, la capital, el estado que tiene que emerger en el siglo XXI debe contemplar las voces y necesidad regionales; la descentralización y la regionalización es una demanda que se escucha en todos los países. Peor aún en el Perú, donde la tradición jerárquica de su sociedad se plasmó con fuerza inusitada en el modelo centralizador y generó una macrocefalia capitalina dentro del país. Así la región emerge con una voluntad autonomista dentro de la nación y busca encontrar sus destinos, muchas veces, oponiéndose al estado central.

Uno de los puntos más importantes –y conflictivos– de la agenda descentralizadora es el direccionamiento de fondos desde el estado central a la región. Las autoridades regionales señalan que es imposible que las regiones puedan funcionar políticamente y desarrollando medidas sociales sino cuentan con economía suficiente que solvente sus gastos. Exigen, por tanto, la asignación de presupuestos y

10 Baste señalar un ejemplo. Las prospecciones mineras en los alrededores de Niepos dejaron unos hoyos con residuos de cianuro. Apenas llovió, las aguas llenaron esos hoyos y se desbordaron; agua contaminada que ha filtrado en la tierra pero que sobre todo, llegaron al río y lógicamente, mataron peces. No en gran cantidad pero la gente está descontenta porque si eso sucede sólo con una prospección minera, se preguntan que sucederá con ellos ante una gran explotación minera (Comunicación personal, G.Bustamante, febrero 2004).

11 El punto es ciertamente discutible, tal como me lo hizo notar T.Molinari, pues resulta sumamente interesante el cuadro X.33 de Parodi (2001:417). En él, se señala la PEA ocupada por rama de actividad entre 1991 y 1994 y se aprecia cómo ha habido un sustancial incremento de la agricultura y la pesca, que en 1991 correspondían al 21% del total nacional y que en 1994 aumentaron al 31%. Por su parte, la PEA minera y petrolera no alcanza más que al 1.2% en 1991 y ha descendido al 0.8% para 1994. En diez años, la situación puede haber cambiado pero es poco probable que las tendencias sean radicalmente diferentes.

señalan su capacidad de dirigir el desarrollo de infraestructura regional –generalmente en manos del estado central. Así, ellos, los presidentes regionales, son los ahora llamados a negociar directamente con los grandes inversionistas, grandes transnacionales mineras normalmente pero también agro-productoras (que en Lambayeque han echado ojo a las excelentes tierras cañeras), que se encuentran interesados en explotar los recursos regionales. Sin embargo, el punto no considerado son las múltiples presiones internacionales que soporta el Estado central por fungir a la vez, de garante de las inversiones a realizar y de árbitro «amigable» en caso de problemas con la región. En la necesaria correlación de fuerzas, el Estado central mantiene un patrón conocido que supone no tomar mayormente en cuenta las expectativas de la región y para ésta, poco o nada tiene que ver la decisión del estado central en los asuntos internos de su espacio.

Con todo, la regionalización es un paso necesario para la descentralización y la reformulación del tipo de gobierno centralista y centralizador. Pero el problema ciertamente es para las regiones que no cuentan con recursos atractivos para la negociación empresarial. En la teoría supuesta y a pesar del centralismo peruano –expresado en un 54% del PBI localizado en Lima–, el Estado central buscaba (o señalaba buscar) el desarrollo interior del conjunto nacional. Pero ahora cada cual queda a su libre albedrío y regiones de sierra o de selva que son muy aisladas podrían aislarse aún más. Poco espacio queda en el panorama futuro para regiones del centro sur, como Apurímac, Huancavelica o el mismo Puno, que aparecen en el mapa de la pobreza peruana como altamente deprimidas y cuyo PBI no llega siquiera al 1%, o como Puerto Maldonado cuya negociación exclusiva y problemática se sustenta en la coca. Regiones cuyo futuro pareciera ser, en este sentido, lanzadas a la nada¹².

En el extremo opuesto, se encuentran regiones como Lambayeque y en general las que conforma el espacio norte peruano que, como se ha dicho anteriormente, cuentan con prospecciones que señalan cantidad de yacimientos inexplorados de oro pero también polimetálicos. Sin embargo, estas regiones y Lambayeque no es la excepción adolecen, desafortunadamente, de suficientes cuadros políticos que puedan enfrentar a cabalidad el futuro que se avecina. Consecuencia directa del centralismo es la carencia de universidades fuera de Lima hasta prácticamente el último tercio del siglo XX. Universidades que hoy nacen al compás del neoliberalismo –el negocio de la educación– y de la demanda poblacional por educación universitaria en todo el país, incluidas las regiones, pero que no necesariamente tienen adecuados niveles de enseñanza. Si el pro-

12 La estructura porcentual del PBI emitida por el INEI en 2002 señala que mientras Lima tiene el 54.03% del total, seguida por Arequipa con el 5.64%, hay regiones con una presencia ínfima en la economía nacional, como Amazonas y Madre de Dios (0.37% cada una), Apurímac (0.42%), Ayacucho (0.65%), Huancavelica (0.96%), Ucayali (0.85%) y Huánuco (1%). Ver *La Gaceta*, Semanario del Congreso de la República.

blema de falta de cuadros políticos preparados se hace sentir visiblemente en Lima peor aún, en las regiones.

Pero como siempre, hay otras realidades que se potencia con la globalización y que no necesariamente suponen algo negativo del todo. En América Latina, desde su mismo inicio republicano, se soñó con una América unida que nunca se concretó por cuanto eran excesivamente fuertes las tendencias individualistas y centralistas del proceso de creación de nación. En ese momento, el poseer una lengua, una cultura, un pasado común y sobre todo, una amplia variedad multiétnica fue percibido como obstáculos para lograr la Nación. Pero al momento de la disolución o transformación radical de ésta, aquellas otrora desventajas se convierten en una ventaja: se tiende mundialmente a la macro gobernabilidad, es decir a la formación de entidades suprarregionales (tipo Unión Europea) aunque como siempre en América Latina, la micro gobernabilidad aparece como el riesgo inverso, real y tangible. No obstante, en este marco, la fortaleza de los vínculos comunitarios y familiares, entendidos ayer como elementos retardatarios en las sociedades americanas, se asumen hoy en día como el poderoso capital social latinoamericano.

En la línea lo primero que aparece, como realidad significativa, son los intentos de Brasil, el mayor país suramericano, por potenciar la unidad de la región: el IIRSA (Infraestructura de integración regional suramericana) emerge como una nueva y potente posibilidad de unificar los países del subcontinente. Un punto que afecta directamente a la región Lambayeque porque ella es el punto de salida del eje multimodal del Amazonas, uno de los ejes que se proyectan como del mayor interés por cuanto se servirían del río más caudaloso del mundo.

Pero no es nuevo ni el interés de unificar Suramérica ni el de Brasil de tener contacto con el lado Pacífico suramericano. En el primer caso, desde que nacieron las repúblicas suramericanas se intentó mantenerlas unidas, fuese bajo la fórmula bolivariana o unión del mundo andino, liderado por Venezuela o como parte de las provincias unidas, lideradas por Argentina y base del ABCH del siglo XX o del Mercosur contemporáneo. Luego, porque desde fines del período colonial había un interés de Portugal por llegar al Pacífico; interés que heredó la república del Brasil y que mantuvo de manera limitada por cuanto el mayor atractivo era Europa y la cuenca del Atlántico. Pero desde el último tercio del siglo XX, es cada vez más visible que el Pacífico es la cuenca del siglo XXI por lo menos. La recién inaugurada Comunidad Sudamericana de Naciones es, quizás, la muestra de que se va tomando conciencia de la necesidad, no ideal ni utópica sino urgente, de unificar nuestros intereses, al menos en el sur¹³.

13 La Comunidad Sudamericana de Naciones acaba de nacer el 10 de diciembre del 2004 con la presencia de los presidentes de Bolivia, Carlos Mesa; Brasil, Luiz Inacio Lula da Silva; Colombia, Álvaro Uribe; Chile, Ricardo Lagos; Guyana, Bharrat Jagdeo; Surinam, Ronald Venetiaan, y Venezuela, Hugo Chávez. Si bien faltaron los mandatarios de Argentina, Néstor Kirchner; Lucio Gutiérrez, de Ecuador; Nicanor Duarte, de Paraguay y Jorge Batlle, de Uruguay si respaldaron la

Así, la doble coyuntura está presente: de un lado, la posibilidad de una integración suprarregional suramericana, con el añadido de creación de mercados comunes, explotación conjunta de recursos naturales de áreas contiguas limítrofes, uso y aprovechamiento de aguas bi, tri o tetranacionales al estilo del Amazonas. Del otro lado, el renovado interés de Brasil por llegar al Pacífico y sobre todo al mercado asiático, la meca de los empresarios del mundo. Como se ha dicho, Lambayeque se encuentra en la salida de uno de los ejes más importantes: si bien Paita es el puerto natural para el atraque de barcos, Eten, propiamente en la región en estudio, tiene también grandes posibilidades de desarrollar merced al tráfico que se proyecta tener en este eje multimodal del Amazonas. El tema ciertamente trasciende la región pues Amazonía y su río están en el tapete mundial por múltiples motivos (pulmón del mundo, reserva de agua, etc.) Y en el fondo, enfrenta posiciones entre un poderoso Brasil y su antiguo socio, Estados Unidos, hoy rector, con vocación hegemónica del mundo.

En todo caso, si podemos afirmar que hay nuevas posibilidades, reales o míticas, para el desarrollo regional y nacional de países como el Perú. Pero que, sin embargo, el proceso de globalización económica y mundialización política, con todo lo bueno que ofrece por la posibilidad de comunicación y intercambio de conocimiento en tiempos reales, puede traer como efecto colateral sensible una recolonización neoliberal aún más radical que la colonización económica que permitió el mundo liberal. Dentro del país y con un decurso histórico como el aquí brevemente reseñado, la Región Lambayeque emerge como un lugar clave en los próximos años. Problemático por cuanto la agricultura se encuentra en franco declive y con poco mercado más allá del orgánico, pequeña ventana que permite respirar a los pequeños productores agrícolas. Pero también surge como un espacio con posibilidades económicas estratégicas, porque la racional explotación minera podría ofertar nuevos caminos y abrir nuevas perspectivas para el desarrollo local siempre y cuando se encuentre una fórmula viable que permita la combinación de minería y agricultura desde el consenso social-regional. Además, la integración buscada de Suramérica supone percibir al norte del Perú como el espacio natural de salida de uno de los ejes multimodales que busca potencia el IIRSA y por supuesto, Lambayeque está en la mira.

Las coyunturas están muy claras (interés por la explotación minera, la modificación del sistema político liberal-republicano, el intento de unidad suramericana) pero los temas recién se ponen en el tapete. El juego comienza a desenvolverse y poco sabemos, en realidad, de cómo esto incidirá en la región de Lambayeque y su gente.

decisión. El presidente peruano Alejandro Toledo señaló «Hoy somos testigos de un nuevo nacimiento. Somos 361 millones de habitantes, con una extensión de más de 17 millones de kilómetros y una deuda externa de más de US\$315,000 millones». Ver la nota de José Luis Varela, Agence France Presse (<http://www.miami.com/images/common/spacer.gif>) y también el periódico *El Comercio* del 11 de diciembre del 2004.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVA MARIÑAS, Pedro Roque; QUISPE, Pedro
1986 *Realidad y Problemática del distrito de Cañaris*. Chiclayo: CICAP, 1986.
- ARAUJO, Alejandro O.
s.f. *Trocitos de historia: sobre la diócesis y catedral de Chiclayo*. Chiclayo: Editora del Norte, 30pp.
- BAKEWELL, Peter
1989 *Mineros de la montaña roja: el trabajo de los indios en Potosí 1545- 1650*.- Madrid: Quinto Centenario; Alianza editorial, 221 pp.
- BONAVIA, Ducio
1991 *Perú, hombres e historia: v.I. Prehispánico*. Lima: Edubanco.
- BRUNNING, Enrique; VREELAND, James (Comp.)
1989 *Estudios monográficos del departamento de Lambayeque*.- Chiclayo: Sociedad de Investigación de la Ciencia, Cultura y Arte Norteño «SICAN», 221 pp.
- CASTAÑEDA MURGA, Juan
2004 «La construcción de identidades étnicas y culturales en la sociedad urbana: el ejemplo de Trujillo del Perú, 1534- 1619». Trujillo: MS.
- CASTILLO RIVADENEIRA, Oscar Manuel; PAZ CASTILLO, Miguel
1977 *Anarquismo y movimiento obrero en Lambayeque 1910-1920*.- Lambayeque: Universidad Pedro Ruiz Gallo, Programa de Sociología, 36pp.
- GÓMEZ CUMPA, José e Ingés BAZÁN ALFARO
1989 *Capitalismo y formación regional: Chiclayo entre los siglos XIX y XX*. Lima: Población y desarrollo. Instituto de Investigación y Capacitación, 216 pp.
- HUERTAS VALLEJO, Lorenzo
1974 *Capital burocrático y lucha de clases sociales en el sector agrario (Lambayeque 1920-1950)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina- UNMSM, 298 pp.
1996 «Patrones de asentamiento poblacional en Piura (1532-1850)» en: *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*. Lima.
- KLARÉN, Peter
2000 *Peru, Society and Nationhood in the Andes*.- Oxford: Oxford University Press, 494 pp.
- MIRANDA ROMERO, Ricardo A.
Monografía general del departamento de Lambayeque.- Chiclayo, [s.e.], 1959.

- PANFICHI, Aldo y Felipe PORTOCARRERO, eds.
Mundos interiores: Lima 1850-1950. Lima, CIUP.
- PARODI TRECE, Carlos
 2001 *Perú 1960-2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*.
 Lima: CIUP, 464 pp.
- PEASE, Franklin
 1992 *Curacas, reciprocidad y riqueza*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú,
 208 pp.
- PORTOCARRERO, Ricardo
 2000 «El Perú contemporáneo» en Lexus Editores. *Historia del Perú*. Lima: Lexus. pp.
 1031-1178
- PORTUGAL VIZCARRA, José
 1966 *Evaluación de los recursos hidrológicos y socio-económicos del valle del río
 Chancay-Lambayeque*. Lima: Litografía Huascarán, 107 pp.
- ROSTWOROWSKI, María
 1992 *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: IEP, 332 pp.
- [s.a]
 2002 «El Estado debe cumplir su papel». En: *La Gaceta*, Semanario del Congreso de
 la República. Diario La República. Lima, 11 de agosto.
- STEIN, Steve
 1980 *Populism in Perú: The Emergence of the Masses and the Politics of Social
 Control*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 296 pp.
- SUPREMO GOBIERNO
 1906 *Ordenanzas de regadío de la comunidad de Regantes del distrito agrícola de
 Chiclayo, provincia de Chiclayo (edición oficial)*. Lima: Tip. Nac. Federico
 Barrionuevo.
- ZEVALLS QUIÑONES, Jorge
 1995 *Historia de Chiclayo (siglos XVI, XVII, XVIII y XIX)*. Lima: Minerva, 193p.